

nillo con una ricachona tontona, olvidándose de Alcázar y Pepe Toribio, por entonces aprendiz de la imprenta del Maestrín. Sentados están Sebastián Santos, el que se casó con la Zoa y Mariano Díaz -Mariano Díaz - Miguel Bac-, también de Consuegra.

Están muy majos. Sebastián y Mariano nos ofrecen el detalle de las botas de botones, usadas tantos años y Toribio el reloj en el cinturón, porque están vestidos de verano.

Todos andaban alrededor de las esquinas de Nieva y la familia de Vidal había vivido en una, hacia el año 1830, donde después puso la lonja Ceferino Tapia, porque a esa casa vino desde la Mota el tío Sabas, abuelo de Vidal, a establecerse de Talabartero, hallando el grato amparo con que Alcázar ayuda a los trasplantes, tanto como luego se resiente del arraigo y dificulta la ramificación.

El hermano Sabas -Sabas Rubio Girón-, y la Victoria, su mujer, no se vinieron descalzos, pues además de su arte traían cuatro hijos, que es la mayor fortuna y el principal motivo de riqueza que puede aportar cualquier trabajador a donde llega.

Fueron los hijos Bernardo, Vicente, Micaela y Josefa.

Bernardo sirvió al Rey en Jerez de la Frontera y al licenciarse lo retuvo la dulzura de aquel ambiente y se quedó allí de guarnicionero.

Vicente se quedó aquí y se casó con una de la María la Moracha, hermana de Gabriel Mata, la Bernardina y acaparó para sí el sobrenombre de el Arpa.

La Josefa se casó en Socuéllamos y la Micaela se casó con Francisco Correas, aquel que tenía la diaria de Criptana en la calle del Cristo Zalameda, hermano de Miguel, el de la Junquilla. Recuerdo a la Micaela, viuda, mujer muy fina, delicada y sufrida como pocas. Una hija que se le parecía, la Magdalena, se casó luego con Manuel el Cartero, el de Isidro Cosme, que tenía la carretería en la misma casa que ellos la diaria.

De los hijos de Vicente el Arpa viven tres, las dos chicas y el pequeño, Primitivo, que sostiene la tradición familiar en su taller de la calle de la Feria. Y todo ese es el cambio de sitio que ha tenido la guarnicionería del Arpa en cerca de siglo y medio, desde la calle de San Francisco a la de la Feria pasando por la casa de la María Manuela y tal vez alguna otra de la misma calle donde ahora está. En la de la María Manuela hubo otra guarnicionería, la de su yerno, el cojo Carrascosa. Y en la calle de la Tahona, (Independencia) la de Monedero que comparte su antigüedad con la del Arpa.

Ante la decadencia del oficio, Primitivo evoca con melancolía las épocas de esplendor, que las hubo, a pesar de nuestra pobreza y de lo rudo de nuestros trabajos y por ello muy circunscritos a las personas de genio abierto e inclinación a los caminos, que parecían disponer de más recursos.

Este florecimiento de la guarnicionería coincide con la época aquí recordada y son conocidas las personas que tuvieron el gusto de lucir buenos arreos.

Ya recordamos en otra ocasión la yunta de la Ciriaca, aquella de los cabezones tan lujosos y la bribonería tan acentuada que no se olvida.

Entonces y después la fiesta de San Antón era un verdadero concurso de buen cuidado y adorno de las caballerías, orgullo de los gañanes, que alcanzaron un realce y una vistosidad envidiables, extendidos a las personas que les favorecía no poco, despertando